

tú hagas acto de contrición, en nombre del Altísimo, el cual, si ha consentido esa criminal tentativa, ha sido solamente para que después los puros rayos de la fe iluminen y purifiquen tu conciencia...

Almanzur, sin alzar la cabeza, respondió humildemente, en un tono compungido que aumentaba más el nervioso temblor de sus luengas barbas de armiño, que patriarcalmente se desparramaban sobre sus rodillas:

—Huéspedes míos: la fe tiene fervores que no se miden y entusiasmos que no pueden refrenarse.

La tentativa ha fallado, y vosotros me inculpáis por haber querido librar a la tierra del influjo de un monstruo.

Está bien. ¡Yo también detesto el crimen y por eso nutro con mis lágrimas en el fondo del corazón al más sincero y voraz de los arrepentimientos...!

Mas, ¿quién ha concedido al Califa Al-Motadid autoridad para exterminar todo aquello que cae bajo la fulminación de su mirada...?

Y decid también: ¿quién de vosotros encontrándose bajo el dominio de un Espíritu Malo, no había de valerse de todos los medios, aun de los más criminales, para vencerlo y librarse por siempre de su maléfico influjo?

¿Si dos manos ladronas abriesen tus cofres para robar tus más ricas mercancías, las besarían tus labios, mercader que sólo vives del producto que ellas te dejan...?

¿No desnudarías tu alfanje, y de un golpe las harías rodar por tierra, cercenadas?

¿Cuánto más debemos defendernos contra dos

ojos perversos que destruyen con su luz sulfúrea y su corrosiva maldad lo más puro de nuestra conciencia; ojos terriblemente crueles que disipan la más profunda sabiduría, tronchan las alas de la más alta poesía y disecan las corrientes melódicas más sonoras y copiosas...?

El Espíritu del Mal vive encerrado en el fuego de aquellos ojos, y hay que destruirlo como se destruyen a esos monstruos hambrientos que infestan las selvas acechan los rebaños, agazapados en la obscuridad de sus cavernas.

La voluntad Omnipotente del Señor ha puesto en nuestras manos los medios para destruirlos... ¿Para qué vamos a rechazarlos...?

El hacerlo es un acto de soberbia, es como un desprecio de la Divina gracia.

Se hizo un instante de silencio y de meditación...

El viejo Almanzur adivinó sobre el rostro de sus huéspedes el vago estupor que sus palabras habían producido.

El joven embalsamador, después de una pausa, había recobrado la serenidad de su alma, perdida en unos instantes de arrebato, y clavando la profundidad de sus ojos en los cielos extáticos de los del viejo, murmuró, con la voz un poco punzante de ironía:

—Busca, con la sabiduría de tu experiencia, algún remedio contra esos maleficios.

Y una sonrisa casi infantil embelleció el rudo semblante del embalsamador, haciendo relucir, entre la enmarañada negrura de sus barbas, la nívida y sana blancura de sus dientes de lobo joven.

El viejo Almanzur, mortificado por la burla que exhalaban aquellas palabras, repuso gravemente.

con un acento firme y reposado que contrastaba con la caducidad temblona de su cuerpo apesadumbrado por tantos y tantos años de luchar fieramente con la vida:

—Tú conservas aún intactos los dientes y por eso me dices a mí, que apenas si puedo masticar con las encías desnudas, que busque el remedio en la experiencia que me han dado tantas y tantas amarguras como han pasado por mi alma...

Pues bien; lo he buscado y espero encontrarle. Si falla esta segunda tentativa próxima a realizarse, aquel que aun conserve intactos y blancos los dientes, no podrá burlarse de quien los ha perdido por las vicisitudes de su larga edad.

Calló de nuevo el viejo, y hubo otra larga pausa, durante la cual todos los semblantes se inclinaron en una actitud meditativa y angustiosa.

Y como le pareciera a Almanzur que sus palabras habían vibrado aquella vez bajo el lino hospitalario de su tienda con un acento demasiado agrio de reconvencción para sus huéspedes, consecuente con los deberes que la hospitalidad y su amor le imponían, ofreció al mercader y los embalsamadores, sobre escudillas de madera cubiertas con ramas frescas de palmas, los más azucarados dátiles y los más sabrosos higos que se producían en fértiles oasis que verdeaban, al sol, en medio de las calcinadas arideces del desierto.

VII

Al fin, Almanzur volvió a hablar, rompiendo el prolongado silencio que pesaba sobre la inquietud de todos.

—Durante siete lunas de meditaciones y de abstinencias he procurado el remedio que ha de libertarnos, y hace ya cuatro que me fué revelado.

—Confiamos tu secreto, Almanzur, que en el nombre santo de Dios te ofrecemos, no sólo ocultarlo en lo más profundo de nuestros corazones, sino ayudarte a poner en práctica el plan que tu experiencia haya madurado — dijo con acento de sincera emoción, el mercader, aproximándose al viejo, como para poder escuchar mejor sus palabras.

—Oidme, pues. ¿Qué medio encontraréis vosotros más apropiado para vencer el mal que nos aflige?...

Pensad. La Muerte cerrará un día los ojos fatales del Califa Al-Motadid; mas para nuestra liberación, yo los apagaré antes de que la Muerte los cierre para siempre.

¿Qué medio creéis vosotros más conveniente y seguro?... Hablad, huéspedes míos.

El mercader contestó, con tono convencido:

—En mis cofres guardo un estilete, de hoja tan sutil como la lengua de las serpientes y tan firme y rígida como la voluntad de los fakires,

El joven y rudo embalsamador añadió a su vez:
—En el sepulcro de una princesa de Tebas me he encontrado una aguja tan fina como un cabello, y tan fuerte que sería capaz de atravesar los huesos. Yo te la ofrezco para que libertes con ella a nuestro pueblo del meficio de esos ojos sinietros.

Una leve sonrisa hizo una mueca burlona en los labios desdentados del anciano Almanzur. Después respondió:

—Execro todos los medios que me sugiere vuestra imaginación. Recordad que antes habéis condenado severamente toda tentativa criminal. Vuestras intenciones encierran un fondo de criminalidad, y sois por ellas, en cierto modo, culpables de los más rigurosos castigos.

Mientras hablábais, encomiando vuestro estilete y vuestra aguja, vuestros pensamientos, acerados y sutiles como las hojas de las armas que loábais, yo los veía hundirse en las negras pupilas del Califa, con toda la crueldad de quien satisface una venganza.

¿Quién de vosotros es menos culpable?...

—Aquel que sabe pedir al señor por esos ojos malditos—dijo el más viejo de los embalsamadores, que hasta entonces había permanecido en silencio, con la frente reclinada entre las manos, en un ángulo de la tienda.

—¡Sabia respuesta la tuya, digna de los labios de un verdadero creyente!—afirmó como un gesto sacerdotal Almanzur.

Yo he pedido eso mismo que tú acabas de decirme, y después de tantas lunas de mortificación

y de plegaria, el Señor ha venido en mi ayuda, y en una noche de austera abstinencia, el Arcángel me ha revelado el secreto!...

—¡Confianos tu secreto!—invocaron los huéspedes formando un corro de ansiedad en torno de Almanzur.

—Madurado ha sido el consejo del Arcángel, como un fruto sobre el árbol de la Meditación.

Os lo voy a descubrir.

«Apararé el fulgor incuo de los ojos del Mal con la sencillez de la Inocencia.»

Encontré el consejo, lo puse en práctica con ánimo sereno, y hace ya varias lunas que espero que la omnipotencia y la justicia del Señor cumpla nuestra liberación.

—¡Bendigamos al Señor!—balucearon los huéspedes, cayendo de rodillas y doblando las frentes hasta rozar el suelo en una religiosa exaltación de fervor.

VIII

La pequeña esclava que sucedió al adolescente Ali en el cargo de más confianza de los servidores del Califa Al-Motadid, se llamaba Zoraida.

Era esbelta y ágil como el tallo de un lirio de Bensora, mansa como la indulgencia, devota como la llama de un altar y casta como la nieve de las montañas del Líbano.

Se llamaba Zoraida; mas su sencillez y su inge-

nuidad eran tales, de tal modo reconfortaban el espíritu y destruían las preocupaciones que hacen arrugar el ceño, que todos la apellidaban: *Frescura del corazón*.

Antes de que el Califa la acogiese a sus servicios familiares, había sido instruída por el anciano Almanzur en todos los sagrados preceptos de la Ley de Dios.

Al partir hacia el Alcázar, Almanzur la hizo sentar a su lado, en un rico almohadón de seda turquí, bordado de perlas, y la dijo paternalmente, acariciando la negrura suave y olorosa de sus trenzas de virgen:

—¡Oh, Frescura del corazón!... El Califa a quien desde hoy vas a servir es bueno y puro como tú.

La bondad brilla en sus ojos, y tú debes mirarte confiadamente en el fondo de ellos con toda la dócil claridad de los tuyos, abiertos siempre a la Inocencia.

No cierres nunca tus hermosos párpados delante de él, como hacía tu antecesor Alí. Sostén su mirada..., y que la gracia del Señor derrame todos sus dones sobre tu frente!

Ignoraba Zoraida la potencia del Mal, y procuró conservar siempre presentes en su memoria los últimos consejos de su protector Almanzur, amparo de su orfandad y único consuelo de su infancia.

Fué presentada a Al-Motadid por aquella célebre bordadora de Bagdad, cuyas manos habían sabido bordar sobre un velo más sutil que las alas de las libélulas, esmaltadas en los más vivos colores, las más bellas y santas máximas de las suras koránicas.

Antes de presentársela, la bordadora tuvo la cautela de encubrir el fresco semblante de la esclava con siete velos negros, queriendo evitar el peligro de que sintiese, como todos, el maléfico influjo de los ojos fatales.

Instruída también por Almanzur, dijo a Al-Motadid, al presentarle la esclava:

—Aquí tienes, Emir de todas las luces, a la pequeña y dulce Zoraida, que el Profeta te manda, y que es frescura del corazón y encanto del espíritu... Ella, acompañada de la guzla, te cantará la profecía en la noche serena, cuando la Luna se eleva, como un escudo de plata enrojecida, sobre la cima de los cipreses, y los cirrus dispersos en la indolencia del azul adquieren relieves y contornos metálicos.

Maravillóse el Califa ante aquellas palabras, oídas ya en un tiempo remoto, cuando una famosa orinomansa, a la cual él había llamado, las pronunció, trémula aún de espanto, como vaticinios de un espantoso sueño; palabras que se fueron más tarde borrando de su memoria en el rápido desenvolvimiento de tantos hechos y vicisitudes como habían atravesado su vida.

La fulminación siniestra de su mirada no tuvo poder suficiente para traspasar los siete velos negros con que la célebre bordadora de Bagdad había envuelto el puro y bello rostro de la esclava...

Al-Motadid sintió por vez primera el escalofrío del terror estremecer sus miembros, y sus dientes de felino, en una agitación de rabia irreprimible, mordieron hasta sangrar las rojas y carnosas pulpas de sus labios sensuales.

La Inocencia estaba delante de él y le miraba dulcemente con sus grandes y claros ojos hechos de bondad y de ternura, como todas las cosas bellas y puras de la Creación.

Cuando la bordadora se alejó y el Califa se encontró solo con la esclava sintió una sensación aguda, casi dolorosa, en lo más íntimo y escondido de sus entrañas, y con voz trémula, en la que palpitaba un hálito de pavora, murmuró entre dientes:

—¿Por qué me miras?...

—Porque sois bueno, porque me han dicho que la bondad brilla como un astro en el cielo de vuestros nobles ojos—contestó ingenuamente la esclava, con una voz tan suave y fresca que hacía pensar en la armonía lauda y fugitiva de los surtidores de plata, de granando sus perlas sobre el alabastro de las conchas, en el silencio lunático de los patios de maravillas, olorosos a arrayanes y a nardos de ensueño.

—No me mires en los ojos, Zoraida, porque te pueden hacer daño mis miradas.

—No, no sufriré daño alguno. Yo no temo el fulgor de tus ojos. Mi corazón, sensible y puro como un velo a quien aún no agitó ningún viento, es capaz de suavizar, de amansar aun al propio corazón de las fieras.

Y la voz de la esclava difundía sonidos de una dulzura indecible; era como una guzla viviente que desfalleciese del más puro amor entre los dedos de claridad y de milagro de un Arcángel.

El Califa insistió con acento duro y áspero:

—¡Te exijo que no me mires!...

Frescura del corazón no se arredró, y sin dejar de mirarle, prosiguió, ingenuamente, sin temores, con ese valor heróico y pasivo de los niños que no se dan cuenta de los peligros que les amenazan y que les hace cruzar por el borde de los precipicios con una sonrisa en los labios y una canción de pájaros en la garganta:

—Mas, dime, Emir de todas las luces, ¿si tu alma saliese de la cárcel de tu cuerpo, y se alzase delante de ti, y te mirase, podrías tú impedirlo?

Una cólera satánica mordió como una vibora hambrienta el corazón del Califa, y un estremecimiento convulsivo de ira contrajo sus músculos, tensos ya para el salto felino sobre la presa.

Con voz ronca exclamó:

—¡Mas tú no eres mi alma!...

—¿No podré ser entonces el recuerdo de tu alma?... Todos vivimos una vez en la inocencia...

El Emir de todas las luces sintió que el vaticinio de la oniromanta lejana se agitaba en torno de él, próximo a cumplirse, rozando con sus alas membranosas y frías de murciélago la desnudez de su cuerpo, a pesar del amplio albornoz de seda negra que con sus siete velos, impenetrables como siete terribles misterios, lo envolvía de los pies a la cabeza.

Y se alejó, confuso y sobrecogido, a encerrarse en el interior de su cámara, mientras la esclava arrancaba, en la blancura marmórea de la terraza, a las sonoras cuerdas de la guzla, los primeros compases de una canción nómada y eterna como el Amor y la Vida.

IX

El Califa Al-Motadid languidecía por momentos. Su rostro se iba demacrando, y sus espaldas, anchas y fuertes como las de un cíclope, se rendían bajo el peso de una angustia infinita...

Ni las danzas de las bayaderas, llegadas para distraerle, de los remotos países de la India; ni los cantos de las bellas hijas de la Circasia; ni las fastuosas cacerías en los bosques fragantes de alcanfor y de canela, nada lograba desarrugar la negra contracción de sus cejas, que siniestramente tendían sobre la desolación de su rostro sus arcos de sombra.

Las noches insomnes trabajaban su alma minando y corroyendo su naturaleza, gastada ya por el vicio y los placeres.

Sus ojos contemplaban constantemente, entre las sombras, fantasmas espectrales, fantasmas sangrientos de culpas irredimidas, que se daban cita en torno de su lecho de sedas, aromas y perlas, y se inclinaban en gestos irónicos sobre su corazón para oír sus latidos, como si aquel corazón monstruoso fuese capaz de sentir palpitaciones humanas.

La esclava Zoraida balbuceaba con su clara voz infantil, plegada a la obscuridad, como al amparo de un manto:

—Al-Motadid, si cierras los párpados, contemplarás los mismos fantasmas en la sombra.

—Frescura del corazón, no hables. Un día escuché una voz igual que la tuya y tuve que extinguirla para siempre en el silencio.

—Apagarla debías, pero ya es tarde.

—Frescura del corazón, si las raíces se secan, el árbol no dará jamás frutos nuevos.

Al-Motadid se retorció desesperadamente en su lecho de aromas, invocando la claridad viva y fragante del alba.

Mas al levantarse y salir a la maravilla de sus salones no podía arrojar de su mente los temores nocturnos, y un desasosiego tenaz y violento le hacía rechazar las ricas y sabrosas viandas que en anchos platos de oro le ofrecían sus esclavos.

Delante de la joven esclava le invadía un sutil delirio, le asaltaba una intensa fiebre que a veces le parecía el calor de un remordimiento, le destrozaba un agudo tormento que él sentía morderle en lo más hondo del corazón como una expiación que empieza a cumplirse.

Muchas veces en el día murmuraba suplicante a la esclava:

—No me mires más, Zoraida, porque tu mirada me vence. Tú eres como el agua pura de una fuente: reflejas las nubes, el azul sereno, las tinieblas y las estrellas. ¡No me mires más; no me mires más!...

—¿Qué has hecho de mi antecesor, el adolescente Alí?

Al-Motadid, ante lo imprevisto de aquella pregunta, sintió como si de repente con dos martillos de fuego le torturasen las sienas.

—¿Qué ha sido de Alí?—insistió, con una tenacidad inconcebible la voz de la esclava.

—Frescura del corazón, tráme el espejo—suplicó el Califa.

La esclava obedeció, y con sus pequeñas manos puras colocó delante del rostro de Al-Motadid el rico espejo ovalado, de marfil y plata—. Tú ahora te ves por primera vez—dijo Zoraida—porque antes nunca te habías contemplado tal como eres.

En un salvaje ímpetu de ira, el Califa ciñó con sus manos bellotas y duras el frágil cuello de Frescura del corazón, y la habría ahogado entre ellas si los grandes ojos buenos de la esclava no se hubiesen, por misteriosa trasmigración, encendido del mismo fuego cruel y dominador que ardía en las miradas de Al-Motadid.

—Tú eres como la fuente, que en su transparente pureza refleja el vuelo cándido de las palomas y el negro vuelo de los murciélagos.

—Yo no soy como Alí, que temblaba de miedo como un perro ante tus amenazas. Ya lo has visto. He sentido crujir mi garganta entre tus manos y no he lanzado un grito... ya oyes mis palabras; todas ellas tienen la dulzura de una guzla tañida por un arcángel.

Y el Califa, por primera vez, se cerró los ojos con la palma de sus manos.

X

Hacia ya siete lunas que Zoraida estaba al servicio del Califa.

La última noche, mientras la luna se elevaba como un escudo de plata enrojecida sobre la colina de los cipreses y los cirrus dispersos en la indolencia del azul iban adquiriendo nítidos contornos metálicos, la esclava, silenciosa, seguía en la blanca terraza de mármol, con sus ojos grandes y claros de virgen, la inquietud frenética de las pupilas de Al-Motadid.

Las rosas postreras de la estación de las siembras tomaban, bajo las palideces del lugar, vivientes tonalidades de rojos terciopelos, abriendo sus cálices como extrañas copas desbordantes de sangre.

Las fragantes campanillas, a cuyos cálices hechos de fragilidad y de ensueño, llamaban los poetas «hálitos de Luna en flor», se estremecían a la mística evocación de la luz, como maravillosas y encantadas florescencias de madreperlas.

Al-Motadid, después de haber explorado con profunda inquietud el cielo, interrogó a la esclava:

—Díme, dime, ¿por qué estas rosas son tan rojas?...

—¡Al-Motadid, la tierra convierte en rosas la sangre de las víctimas!

El Califa suspiró, pasándose la mano por los párpados:

—Díme, dime, ¿por qué tienen alburas de madreperlas estas campanillas tan blancas?

—¡Al-Motadid, el cielo coloca la aureola sobre el candor!...

El Califa volvió a suspirar más tristemente, y otra vez sus manos tornaron a sujetar los párpados.

dos como para contener algo que estaba próximo a escaparse por ellos.

En la serenidad del aire nocturno llegaban las lejanas canciones de los camelleros, rimadas a compás del tambor, derramando en la paz de la terraza el encanto puro y místico de los versículos del profeta:

«Los párpados del infcuo son polvo y ceniza, lo cual le impide mirar rectamente.

Sus cejas son curvas como las grandes espadas y como el hierro templado de las lanzas fraticidas.

Y sus ojos no pueden soportar la luz, porque son hechos de eclipses.

¡Señor, Señor, haz que los ojos del justo vean siempre el camino de la Inocencia.»

El Califa oía con terror el místico y melancólico canto de los camelleros, rimado a los sones graves y acompasados de los tambores lejanos, y las voces y los ritmos se iban lentamente clavando en su alma como saetas envenenadas.

Suspiró y volvió a suspirar, pasando y repasando la mano por los párpados, y de pronto, asaltado por un pavor inaudito, comenzó a gemir.

—Zoraida, dime, ¿en qué profundo abismo ha caído la Luna que ya no la veo?...

—Zoraida, dime, dime. ¿qué tempestad nos ha obscurecido repentinamente?...

Y Al-Motadid, con los brazos tendidos, palpando el aire, andaba a tientas, perdiéndose en su profunda noche sin esperanza:

¡Zoraida, Frescura del corazón, guíame!

La esclava, que ya había descendido de la terra-

za y galopaba en un fogoso potro hacia la tienda de Almanzur, le gritó desde la obscuridad de la noche:

—Es demasiado tarde, Al-Motadid.

XI

—...Ya encontré el remedio, y espero en esta noche, que se cumplen las siete lunas, que el Señor cumpla la promesa que por boca de un Arcángel me hiciera en aquella velada de oración y de abstinencia, librando a nuestra tierra del maléfico influjo de los ojos del Califa.

—Demos gracias a Dios—balbucearon los huéspedes.

Estaban todos con la frente postrada en la tierra, absortos en sus plegarias, cuando oyeron el galopar frenético de un caballo que se acercaba cada vez más hacia la tienda, y la voz fresca y pura de la esclava Zoraida que les gritaba como en un concierto de notas argentinas, una promesa de esperanza:

—¡Glorifiquemos al Señor: el Califa Al-Motadid se ha quedado ciego!